



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS PINTORES
JOSÉ GARNELO



Lit. L. Brabo, Desengano 14 y Sandoval 2.

*La revista de la comedia
que ha gozado el país inteligente,
revista en pinos, en perlas, en oro,
y en colores de la vida madrileña.*

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Juan Pérez Zúñiga.—Á un gorrón, por Vital Aza.—Mañana, por José Estremera.—El casto tenorio, por Luis Bonafoux.—La fuente de la Teja, por Sinesio Delgado.—Soceto, por F. Uribe.—Anuncios y noticias, por Angel Caamaño.—Era de noche..., por M. G. Ardera.—Plagios, por Julio Cabezas.—Genio y figura, por Antonio Montalbán.—Chistes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: José Gamelo.—Variedades.—Exclamación natural, por Cilla.



Digase lo que se quiera, la feria de Madrid es una respetable anciana que, conforme va entrando en años, va perdiendo el carácter que tuvo en otros tiempos, convencida de que hoy no tiene razón de ser.

Sin embargo, aún hace inauditos esfuerzos para conservar algo de su antigua brillantez, y nos presenta formadas, una frente á otra, dos filas de interesantes instalaciones cuyos dueños parece que, sosteniendo ideas contrarias, se apostrofán de un lado á otro de la calle de Alfonso XII.

—¿Quién los quiere de Aragón?—gritan los de un lado.

—¡A real y medio la pieza!—contestan los del otro.

Y cualquier observador que no tenga otra cosa que hacer, puede ver la competencia surgida entre los frescos frutos de la tierra, representados por montones de acerolas y avellanas, y los añejos frutos de la inteligencia, formando montones de libros carcomidos.

En esta lucha, quien sale vencido es el público que, aun sabiendo que en la feria todo le cuesta doblemente caro que en Madrid, vuelve á su casa más satisfecho con lo que en la feria compra.

Ya no existen aquellas prenderías que en el Paseo de Atocha ostentaban el retrato de Cabrera sobre un fregadero, entre una jaula de loro sin loro y una caja de música sin música; ya no existen (á no ser que los hayan instalado después de escritas estas líneas) aquellos divertimientos del *¡Pim, pam, pum!* en los cuales gozaba cualquier mortal tumbando de un pelotazo al Gran Capitán ó á Sor Patrocinio.

Pero seguimos viendo melocotones admirablemente confeccionados por la madre Naturaleza; acerolas cuyo agrio carácter incita al gesto facial involuntario; azofaifas que parecen corazones de jamona desengañada; torraos empedernidos, subvencionados por el gremio de dentistas, muelistas y colmillistas; avellanas, crueles en su mayoría, es decir, *sin entrañas*; robustos membrillos destinados á pasar la juventud metidos en camisa de once varas dentro del baúl de cualquier Trifona, ó á ser convertidos en carne de sí mismos adaptando caprichosas formas y quizá produciendo indigestiones no menos caprichosas; y, por último, sacos llenos de nueces frescas, aun cuando en la feria más es el ruido que las nueces.

Vis á vis con las frutas, se encuentran los percales, los muñecos, las cestas, los libros y los cacharrós, abundando en la fila los puestos de á real y medio la pieza. ¡Qué delicioso efecto de estética producen estos pequeños bazares!

Ricas pastillas de jabón de lechuga inocente, pelotas artificiales, vistosas ligas que están diciendo «ponedme», portamonedas color de piel de rata primero, ferrocarriles económicos, Generales de la misma pasta que sus caballos (esto no tiene nada de particular), retratos de León XIII revueltos con lendreras y batidores, y carritos de la basara del Municipio. Todo esto y mucho más pueden VV. ver si se dan una vuelta por la feria.

Vayan VV., pues, y si caen en la tentación de comprar algo, con su pan se lo coman. De todos modos, pasarán un rato entretenidos contemplando, ora las tiendecillas, ora esas familias numerosas cuyos individuos ca-

minan sin hablar una palabra, comiendo avellanas y moviendo las mandíbulas á compás.

No faltan en la calle de Alfonso XII madres que van con el propósito de feriar á sus hijas algún novio barato. ¡Y debe ser tan delicioso escuchar el dulce sí junto á un costal de nueces!... ¡Debe ser tan agradable recibir á hurtadillas entre la muchedumbre un amoroso torrao del objeto de nuestras ilusiones!...

Ayer mismo, en la feria, una niña tan larga de talle como corta de genio, decía *sotto-voce* á un pollo asado que la acompañaba:

—Toma, Federiquito, esta azofaifa, y cómetela en prenda de nuestro puro amor.

—¡Ah, Restitutita! Te juro que conservaré el hueso eternamente, y con él me llevarán á la tumba fría.

Estamos frescos.

Quiero decir que ya ha descendido el termómetro, y los que abrigaban la esperanza de continuar sudando indefinidamente, tienen que abrigarse el individuo con ropa de entretiempos.

Varién, pues, de rumbo los habituales concurrentes al Café de Pombo que han soportado el estío tomando sendas pirámides de leche merengada. Renuncién á los baños los que han sumergido asiduamente sus carnes y sus huesos, ora en el turbulento Manzanares, bien en la marmórea pila ó ya en el desportillado barreño.

Escojan otro *modus vivendi* los distinguidos comerciantes que durante el verano se han dedicado á la venta de polvos para matar las pulgas, las chinches, las correderas, las suegras, las hormigas, las garrapatas y los demás insectos domésticos propios de la estación.

Despidánse de los placeres veraniegos los que hayan podido disfrutar de ellos, y reciban con santa resignación las visitas del carbonero, que ya está deseando repartir *leña* entre sus parroquianos; del tahonero, afanoso de que haya *cisco* hasta en las casas más pacíficas, y del esterero, que juzga á sus prójimos según las varas de pavimento que tiene cada cual en su domicilio.

Ayer mismo he celebrado con el sastre de mis baldosines una importante conferencia sobre el suelo; es decir, sobre el traje que le ha de cubrir, porque sobre el suelo se celebran casi todas las conferencias.

—Le llamo á V. para que cubra modestamente la desnudez de mis habitaciones.

—¿Quiere V. que pongamos pleita?

—Hombre, no me gusta pleitear.

—Y la *pita*, ¿le gusta á V.?

—No señor; á los autores dramáticos no puede gustarnos eso.

—Entonces le pondré á V. cordelillo bueno.

—Mejor es que se lo ponga V. al piso, porque parece que siente frío. Por lo menos yo creo que el moverse todos los baldosines es debido á que tiritan.

—¿Y en la sala, ponemos la moqueta de siempre?

—La misma. Eso no se pregunta.

—Pero la remendaremos de modo que no se conozca.

—¡Hombre, si no ha de conocerse que se ha remendado, déjela V. sin remendar!

—Como V. guste.

—El caso es arreglarla un poquillo; porque á fines del invierno pasado estaba ya tan mala, que mi chico recorría toda su extensión entrando por unos agujeros y saliendo por otros.

En fin, baste decir á V. que los amigos dejaron de visitarme, porque, enganchándose los piés en las aberturas de la alfombra, se rompían el bautismo sin querer; y la verdad, á nadie le gusta luego andar por ahí con el bautismo todo roto; porque la moqueta puede zurcirse, pero el bautismo no.

Noticia húmeda de última hora. Parece ser que el tiempo se decide á meterse en agua, merced, según dicen, á las gestiones practicadas cerca de la Divina Providencia

por el santo abogado de los paraguistas, que no sé quién es, á pesar de mis investigaciones.

También hay quien asegura que si las nubes se disipan no seguirá lloviendo.

De todos modos ¡Dios nos coja confesados y provistos de impermeable!

JUAN PÉREX ZÚNIGA.

A UN GORRÓN

¡Nada! Decididamente
¡de hoy no pasa!
El mal se ataca de frente,
¡Para usted no estoy en casa,
mi querido don Vicente!

Hace tres años ó cuatro
que le estoy sufriendo á usted
en mi casa, en el café,
en la calle, en el teatro...
¡Eternamente á mi lado!
¡A todas partes conmigo!

¡Qué pesadol
¡Sepalo usted, caro amigo;
me tiene usted muy cargado,
y eso de *care* lo digo
por lo que usted me ha costado.

¡He de aguantar á un gorrón
que siempre me ha de molestar
con alguna petición,
fundándose en la razón
de que me ha visto nacer?

¡Buena fueral
¡Que le sufra á usted quien quiera!
Yo nacl inconscientemente
por voluntad del Eterno.
¡Si sé que está usted presente,
me vuelvo al claustro materno,
mi querido don Vicente!

Exagerando el carifio
que dice que me profesa,
me trata usted como á un niño,
¡y hasta me abraza... y me besal
Mas sus caricias rechazo
y quiero que en paz me deje,
pues cada beso y abrazo
me cuestan luego un sablazo
que me parte por el eje.
Y por eso me incomodo,
y por eso se lo digo;
el que se porta conmigo
de ese modo,
se expone, naturalmente,
á que yo le diga que
ni es honrado ni es decente,
como se lo digo á usted,
mi querido don Vicente.

¡Mire usted que es mucho cuento
sin motivo ni razón,
no verme libre un momento
de semejante gorrón!

No hay manera de evitar
que me venga usted á ver
á las horas de almorzar
y á las horas de comer.

Y es claro, ¡como es tan grande
el amor que me profesa,
se sienta usted á la mesa
sin que nadie se lo mande!

Y come que es un espanto,
lo mismo que un sabañón,
y yo por educación
se lo aguanto.

Toma usted luego café
¡ya se ve!
y una copita, y dos puros,
y con cara lastimosa
me habla usted de sus apuros
y me pide cuatro duros
así, como si tal cosa.

Mas ¡basta ya! En adelante
busque usted algún paciente
que le aguante;
¡que yo ya le di bastante,
mi querido don Vicente!

¡Le debo á usted algún favor?
¡No, señor!

Es decir, como no sea
que al comer conmigo crea
que me dispensa un honor.
Váyase usted á la porra
ó busque quien le socorra,
¡Nada, nada!

¡No aguanto más una gorra
tan pesada!

¡No quiero saber si vive!
Olvidese usted de mí,
y no vuelva por aquí
porque no se le recibe.

¡Ya se lo he dicho al portero!

—¡Si viene ese caballero
tan gorrón,

aunque peque de grosero,
cumpla usted su obligación.
Que si mi casa no se pasa,
que es esta mi decisión,
y que si le encuentro en casa
le tiro por el balcón.

Eso he dicho y eso hará.
Lo he pensado seriamente.
¡Conque ya lo sabe usted
mi querido don Vicente!

VITAL AZA.

MAÑANA

Adriana es discreta y bella,
Desde el punto que me vió
no sé cómo me miró
que muerto quedé por ella.

Sintiendo mil emociones,
para ver si la veía
me pasaba todo el día
delante de sus balcones.

Y se burlaba la gente
viéndome tanto pasear,
y hasta me llegó á llamar
«el oco de la de enfrente».

Sus ojos no se fijaron
gran cosa en los míos; pero
fui mirando el mundo entero
hasta que me presentaron.

Y tras la presentación,
como casi siempre pasa,
después de entrar en su casa
fui entrando en su corazón.

Yo estuve muy insinuante
y fui pidiendo favores,
porque en materia de amores
nunca tenemos bastante.

No se me mostró inhumana
viéndome por ella ciego;
pero á mi amoroso ruego
solo contestó:—Mañana.

Sin poderlo remediar,
con la esperanza gozando,
tuve al corazón tocando
á visperas sin cesar.

Y llegó el día siguiente,
creyendo en mi buena estrella
á la casa de mi bella
fui puntualísimamente.

Oyéndome repetir
la presentación que tenía,
ella, como el primer día,
«Mañana» volvió á decir.

Sigo mi amor infinito
pintándola á cada instante,
y ella responde constante
siempre el «mañana» maldito.

Cada vez que á verla voy
más esperanzas abrigo,
y alegre, para mí digo:
«Mañana» al fin, será hoy.

Me hace rabiar la tirana
y encuentra en ello un placer,
pues siempre me hace saber
que el tal «mañana» es mañana.

Lleno de melancolía,
al marcharme de su lado,
me digo desesperado:
—«Mañana» será otro día.

Me llamo Juan, y en mi afán
ya voy creyendo que Adriana
me dice al decir «mañana»:
—Mañana ayunará Juan.

Si mi deseo le digo,
ella me responde:—«Aguíñalo».
Este suplicio de Tántalo
tiene que acabar conmigo.

Ya terminó mi placer.
¡Triste condición humana!
Aquel célebre «mañana»
se ha convertido en «ayer».

JOSÉ ESTREMEIRA.

EL CASERO TENORIO

—¿Te acuerdas de Antón, aquel Antón mozo de cuerda,
que nos hacía reir las tripas roncando como un bendito en
mitad de la acera, con la felpuda gorra ladeada sobre los
ojos y el amarillento cigarro apagado sobre la boca?

—¡Antón!... ¡Antón!... ya caigo; sí, un pobre diablo que...
—El mismo... No sé si recuerdas que hablaba con la Paca,
una maritornes buena moza... Pues la Paca hablaba también
(y algo más) con su señorito, el cual, como era hombre en-
trado en años, y muy poquita cosa además, se fué á tisis más
pronto que la vista, no sin dejarle una herencia á la Paca,
que estaba de siete meses largos de talle, si consentía Antón
en casarse con ella...

—¿Y consintió?
—¡No había de consentir, hombre! Y ahora está tan rica-
mente, propietario de dos casitas en el Barrio de La Prospe-
ridad, chupándose la gran breva. Casi nada, 36.000 realitos
de renta y hecho todo un caballero, una persona decente,
digna, respetable, propuesto para Concejal, y muy tirado de
levita.

Pues así como Antón son la mayoría de los caseros, prin-
cipalmente si tienen sus propiedades en los barrios *miseros*.
Cuando no es un empleadillo, que fué á Cuba por lana y se
trajo el copón de Guanabacoa inclusive, es un Antón con su
Paca ó con su indecencia correspondiente. Natural es que
caseros así, improvisados, estén como chiquillos con zapatos
nuevos, pisoteando al inquilino. Por donde van resultando
imposibles en Madrid los contratos de inquilinatos—y usted
dispensen el sonsonete.—En Francia y en Inglaterra, la
cosa más sencilla del mundo es poner casa. En habiendo mue-
bles y dinero para pagar, le dan á V., no digo ya pisos, man-
zanas enteras de casas, sin más formalidad que soltar la
mosca. Bien es verdad que en Madrid no nos hace falta imi-
tar á los extranjeros, ¡cá!

—¿Habla V. de la escuadra inglesa?—me decía en el Ferrol
un Capitán de fragata.—¿Y qué nos cuenta V. con la escua-
dra inglesa? ¡Truenos y bombas! A pedradas, sí señor; á pe-
dradas, desde ese cerro que está V. viendo, defendemos la
plaza contra todas las escuadras de Europa.

Así pues, como nada tenemos que imitar, sigue siendo Es-
paña, y, lo que es peor, Madrid, el país de los imposibles. La
mitad de los españoles se pasan la vida ideando obstáculos
que oponer á la otra mitad.

En cuanto á los caseros, diríase que no quieren alquilar
sus casas, y eso que no será por desconfianza, ¡porque, mire
usted que la ley de desahucio! Bueno y santo que le pidan á
usted la *Zeula*—como suelen decir y escribir la mayor parte
de los señores caseros;—que lo peor son otras cosas.

—Pues, decía V. que son ustedes siete de familia, ¿no es
así? V., una señora y cinco niños. Y diga V.: los cinco niños,
¿son de usted?

—Hombre, como ser, le diré á V.: ¡en casa han nacido!
—Y V. y la señora, ¿son matrimonio? porque no siéndolo
(cuidadito con eso) yo no permito que en casa...

—Creo que ya le he dicho á V. que llevo diez años de ca-
sado.

—Y diga V.: usted, ¿de qué vive?
—Pues, le diré á V. Yo vivo de las chuletas que me cómo
de vez en cuando.

—Y esas chuletas, ¿las tiene V. por su casa, mayormente,
ó se las gana V. en alguna oficina, ¿qué?

—Lo que se está V. ganando es una bofetada; me parece.
—Hombre, no se soliviente V. Yo lo preguntaba, dicho sea
sin ofender, porque como en Madrid hay tanto timador....
pues.

—Eso; me ha tomado V. por uno de tantos. Está bien.
Quede V. con Dios, y métase V. el cuarto por donde le coja.

VARIEDADES



Donde ustedes la ven, con esa cara
y ese cuerpo de ninfa encantadora,
ha pasado ya el puente que separa
á Eva inocente de Eva pecadora.



—Quisiera yo ver la cara
que pae mi cuñadito
cuando sepa que su hermana
se la pga á su marido.



P.—¿Qué debe hacer el recién casado en cuanto
sale de la iglesia?

R.—Ir á retratarse con todos los adminículos.
(Catecismo de los desposados.)



—Quisiera yo que me viora la criada
en esta posturita,
¡á ver si me daba moquetazos!



—¿Le has dicho eso á Salvaor?
—Sí.
—Y qué te ha dicho.
—Que ahora tiene completo el equipaje, y que no
necesita maletas.



—Perdone usted, Rodriguez, pero á mí me gustan
mucho las mujeres de los militares, y si no fuera por
que luego sacuden ustedes el polvo...

Pues ni que fuera el palacio de Murga! Total, ¡un piso cuarto con entresuelo!

De todos los tipos del casero, el más notable y el que abunda más es el tipo del casero Tenorio. Ese, ese es el que tiene gracia. Vive deseando que alguna inquilina (máxime si es guapa), «se retrase» para condonarle el pago en metálico ó billetes; y, si no tiene inquilinas morosas, se vuelve loco el hombre ideando habilidades á lo Bismarck-casero.

A lo mejor tira del cordón de la campanilla:

¡Tilín!...

La inquilina—andaluza de buen ver, que está siempre en cueros, «por el calor»,—asoma un ojo por el ventanillo.

—¿Qué se le ofrecía á usted?

—Abra V., soy el casero. (Como si dijera: D. Juan Tenorio.)

—Espérese V. una miajita, que voy á echarme algo encima... Hijo, con este calor, está una que echa chispas.

(Pasan cinco minutos. Se abre la puerta.)

(Él, entrando). —¡Qué calor!... ¡Pero qué calor!...

—Calle V., por Dios; ni en Sevilla se achicharran así las criaturas. Esto no es vivir... Las chinches se la comen á una... (Pausa) y... ¿á qué tengo el honor de ver á V. por casa?

—Pues... le diré á V. Me ha dicho la portera que tiene usted atrancado el excusado.

—¡José! ¡Qué barbaridad! ¿Quién dice V. que le ha dicho eso, la portera? Pues no soy yo la del atranque, que es la señora de al lado.

(Él, muy amoscado). —¡Efectivamente! ¡Efectivamente! Me he equivocado. (Sale.)

¡Tilín!... ¡Tilín!...

—¿Quién?

—Servidor de V.

—¡Ah! es V.... Pase V. adelante.

—¿Cómo está V., señora?

—Bien, gracias; ¿y V.?

—Yo, tan bueno, gracias... (Pausa.) Pues venía á ver cómo andan esas baldosas que me ha dicho la portera...

—No la crea V. Ayer, precisamente, me decía mi marido:—Pero, hija, ¿cómo están estas baldosas! Cualquiera diría que no pasan piés por ellas. (Pausa.)

—Y su marido, ¿eh? siempre trabajando el pobre...

—¡Qué le hemos de hacer! Está todo tan caro en este Madrid.

—Verdad que sí, mucha verdad... ¿Por qué D. Carlos, ya que tiene asegurados los garbanzos, no se apaña por ahí otro destimillo, por ejemplo, una tenencia de alcaldía? Lo que tiene es que tendría que salir de noche, y V. no querría estarse sola... —bien que yo no sé cómo se las arreglan VV. para coger en esa cama tan estrecha...

—Y á V. qué le importa, señor mío?... ¡No es V. poco fision, vaya! Cuide V. de las baldosas y no se meta donde no le llaman, si no quiere que mi marido le ponga la cara en el cogote. ¡Habrás visto el trápala este!

¡Tilín!... ¡Tilín!... ¡Tilín!...

—¿Quién es?

—Servidor de V... D. Venancio.

—¿D. Venancio?... ¿Y quién es D. Venancio?

—Soy yo, el casero, para servir á V.

(Abrese la puerta y aparece una chula.)

—¿Qué se le ofrecía al Sr. D. Venancio?

—Pues... pues... venía á presentarle á V. los nuevos porteros, y á ver si hay que recorrer las puertas y ventanas...

—¡Ay qué gracia! Los porteros se los empapela V. ¿está usted? y por lo que toca al recorrido, no va á ser flojo al que le dará ÉL en cuanto llegue y se entere de lo sinvergüenza que es V. Y le sacará á V. en *Los Sucesos*. Porque mi pariente escribe en los papeles. ¡Y porque ya sabemos al olor de lo que viene V., hombre! ¡Y limpie V. que está de huevo! ¡¡Y quítese V. de mi vista, tío pelmazo!!!

(Suena un portazo tremendo.)

Y de este modo
y de esta manera

se encuentra V. al casero en el portal, en la escalera, en el tejado y en la sopa. Me explico que proyectan darle una cerrada algunos vecinos de cierta casa del Barrio de la Algría. Lo que es menester que le peguen fuego á la casa. (Cuando él esté dentro.)

LUIS BONAFoux.

LA FUENTE DE LA TEJA

(APUNTES PARA UN SAINETE)

I

—¿Quiere usted bailar, salero?

—No bailo con militares.

—¿Por qué?

—Porque hay mucha gente,

y á lo mejor, con el aire,

se la enreda á una la falda

con las espuelas ó el sable,

y me da mucha vergüenza.

—¿Si no trajera usted al baile

sucias las enaguas!...

—¡Hombre!

¿y usted por dónde lo sabe?

—¡Como no quisté enseñarlas!

—Pus están como el diamante

de limpias.

—Vamos á verlo.

—¡Basta que usted me lo mande,

so morral!

—Claro que basta.

—¡Ni que fuera usted mi padre!

II

—¿Nos columpiamos, Manuela?

—Hoy no puedo, porque es fácil

que se me vaya la vista

y me caiga en cualquier parte.

—¡Qué! ¿estás débil?

—Un poquillo.

Se empeñó aquel esta tarde

en que probara los callos

del merendero del Fraile,

y... ¡ah! tienes tú! Como el vino

me da esos mareos, ¿sabes?

—Y ¿dónde has dejao al hombre?

—Se le han yevao á la cárcel.

—¿Por qué?

—Por una injusticia.

Como él quiso convidarme

porque se le figuraba

que yo tendría seis reales

y no los tenía, ¿entiendes?

se armó una bronca mu grande,

y, ¡claro está! le pusieron

á la sombra hasta que pague.

—De modo que cuando salga...

—Cuando salga, ¡Dios me ampare!

me va á costar la merienda

tres duros de cardenales!

III

—¿Chica, ¿por qué te has traído

esa cara de vinagre?

—¿Y á usted qué le importa, feo?

—Me importa.

—Pus aliviarle;

no me gustan los bortereros.

—¡Te digo que no me faltas!

—¡Que no le falte! ¡Qué gracioso!

¡Pus si vive usted en mi calle

y le he comprado veinte veces

lantejas con habitantes!

IV

—¿Andas detrás de la Braulia?

—Veremos.

—Pues no te causes.

—¿Por qué?

—Porque hace ocho días

la dejó el cabo Peláez,

porque la dan pa la compra

na más diez y siete reales.

V

—¡Bébetela!

—No me cumple.

—¿Me vas á hacer un desaire?

—¡Mí que me enfado contigo!

—Vamos, hombre; no te enfades.

que sí que la bebo.

—¡Viva

la familia de tu madre!

¡Así me gustan las hembras!

—¿Te gusta que se emborrachen?

Pues á mí no, porque luego

la señorita lo sabe

porque lo huele, y me pone

de patitas en la calle.

—¿Y qué que te ponga?

—¡Tomal

¡que no me arrecoge naide!

—¡Que no la arrecoge! ¡Vamos!

¡pus para qué pasa mangue

tos los días á las ocho

con el carro de la carne?

VI

Esto de los caballitos

da gusto... ¡Dale que dale,

sin parar, muerto de risa!

¡No sé cómo hay quien se cansa!

¿A ver? Justo. Me he gastado

tres pesetas y dos reales,

y he dado mil quince vueltas...

¡Me he divertido bastante!

SINESIO DELGADO.

SONETO

Canuto Volatín coge un berrinche
con aquel que le enseña cara fosca,
y escupe con escrípulo y enrosca
al barbián temerario que le pinche.
No hay á su vera tipo que se hinche
cuando está haciendo á su mitad la rosca,
y se pone con ella como un mosca
aunque ella es más cargante que una chinche.
No es Canuto ejemplar ni se corrompe.
Sin estudiarlo bien puede que al pronto
el ligero de cascos se convenza
de que es un bravucón de rasga y rompe;
y es simple mequetrefe que hace el tonto
y alarde de poquísima vergüenza.

F. URIBARRI.

ANUNCIOS Y NOTICIAS

(Que puede leer cualquiera
en la prensa noticiara.)

Ayer tarde en una tienda
se desmayó un caballero.

Hoy principia el desestero
del Ministerio de Hacienda (1).

Ayer noche, en San José,
en santo lazo se unió
la señorita de P.
con el caballero O,
hijo del señor de T.

(1) ¡Esta noticia si que es
de grandísimo interés.

El niño Caralampio
de edad de cuatro meses
ayer subióse al cielo
por grave enfermedad.

Ha sido una desgracia
que mucho lamentamos,
por ser el angelito
modelo de bondad.

Sus padres desgraciados
están muy afligidos,
pues era Caralampio
su edén encantador.

Pedimos á la Virgen
les preste su consuelo,
y al suyo el nuestro unimos
justísimo dolor.

Se alquila en la calle Ancha
un gabinete barato,
con unas vistas hermosas.
Tiene el susodicho cuarto
cuatro ventanas grandísimas
que van á caer á un patio.

Al señor don Justo Mecha
en su discurso de ayer
le aplaudieron con placer
los bancos de la derecha.
(¡Hombre, tendrían que ver!)

¡CRIMEN HORRIBLE! En Jaén
un niño de siete meses
pegó cuatro puñaladas
en el pecho y en el vientre
á la señora de un músico
que tocaba el clarinete.
El criminal ha logrado
escaparse. ¡Vaya un nene!

Jarabe de San Antón
por el doctor Catachín.
Para su elaboración
emplea sólo jabón
y polvo de baldosín,
y es bueno para el pulmón
y el espiñín

ANGEL CAAMAÑO é IZQUIERDO.

ERA DE NOCHE...

A una preciosa chica
de lindo talle,
je decía un mancebo
desde la calle:
—Mírame que estoy dando
diente con diente;
quiero un abrazo tuyo
que me caliente.
¿Subo por esa reja,
y, en un momento,
realizo sin peligro
mi pensamiento?

—¡Siempre en esa manía!
(Quieto en la acera)
No lo permito; es fácil
que alguien nos vierá.
—Pues subo aunque te opongas;
y te prometo,
el ser formal y amable
y estar quieto.
Pero, por Dios, no chilles
que se arma bronca.
—Eso es lo que no puedo...
¡porque estoy ronca!

M. G. ARDURA

PLAGIOS

Por una mirada, un mundo,
por una sonrisa un cielo...
¡Y por mí gabán de abrigo
no dan un duro de empeño!

El día que yo me muera
sentado habrán de enterrarme;
que si me entierran de pie,
es muy fácil que me canse.

Tú, misionero de Dios,
si por el mundo la encuentras,
dile que no le perdono
aquellas cuatro pesetas.

Un fraile me requebró
un lunes por la mañana;
y yo, cansada de oírle,
le pegué dos bofetadas.

JULIO CABEZAS.

GENIO Y FIGURA

—¿Conque se mató Tomás,
el cordón empedernido?

—¡Sí! ¡Pobre hombre!

—¿Y cómo ha sido?

—¡Por qué se mató?—Verás:

El pobre estaba cansado
de esta vida maldicida,
y concluyó con su vida
no recuerdo en qué colmado.

¡Incipiente bebedor,
aun cuando muerto lo admiro!

—¿Se pegaría algún tiro?

—¿Tiritos él? no señor.

Se suicidó dignamente

con lo mejor, con lo propio:

cuatro ó cinco granos de opio...
¡en un litro de aguardiente!

ANTONIO MONTALBÁN.



Sres. Síndicos de mi gremio, es decir, del gremio de periodistas:

He notado que todos los años, con pasmosa regularidad, me doblan VV. la cuota de contribución industrial. Y es chocante esto de aumentar el ciento por ciento, sin duda porque somos honrados y pagamos religiosamente.

Lo malo es que, como es de suponer, suben también en proporción el impuesto equivalente al de la sal, el recargo municipal, la cédula, etc., etc.

Veo que VV. desean hacerme Senador por derecho propio, y agradezco su interés con toda mi alma; pero debo participarles que renuncié á la senaduría, y estoy resuelto á no pagar una peseta más. ¡Me parece que aviso con tiempo!

¡Quisiera yo ver á quién se le rebaja lo que á mí me cargan ustedes!



Comió una vez en Algete
doña Librada Clavijo,
cuatro platos con copete
de callos que, según dijo,
estaban de rechupete.

Los callos dieron bastante
que hacer á doña Librada,
mas pronto quedó curada.

—¿Se echó al colete un purgante?

—No; la escofina Losada.



Libros:

La vida á los veinte años, novela de Alejandro Dumas, hijo, publicada por D. Luis Tasso, editor de Barcelona. Tasso ha llegado á lo inverosímil; á vender por una peseta un magnífico tomo de doscientas páginas.

Por el nombre del autor francés, y por lo esmerado de la edición, se venderá mucho este libro.

Narraciones. Un tomito en que el Sr. D. E. García Alemán ha reunido seis historias y cuentos interesantísimos, y en los cuales se revela un buen novelista.

Almanaque Demi-monde para 1888.—La casa editorial de esta Biblioteca, alegre como ella sola, ha dado á la estampa, con verdadero lujo, su correspondiente almanaque. Le componen las relaciones de media docena de aventuras más ó menos amorosas, á cada una de las cuales acompaña un gran fotograbado de Laporta, que representa la heroína del cuento. Se vende á peseta.



Doña Quiteria Gil, que tuvo coche,
me ha pedido limosna la otra noche;
porque doña Quiteria
se encuentra, por desdicha, en la miseria.
Para evitarlo, ilustres personajes,
¡regalad á los pobres los carruajes!



Nuestro colega *El Motín* ha publicado una magnífica lámina al cromo, retrato de D. Manuel Ruiz Zorrilla. Mide la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho, y tiene doce estampaciones.

La edición se agotará inmediatamente, porque adquirirán el retrato todos los republicanos españoles, y como creo que son muchos...

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. de D.—Barcelona.—La poesía le ha elevado á V. demasiado, y... no contesta á los cargos hechos. Pase lo del *Diario*; pero aquí... francamente...

Sr. D. F. de N.—Málaga.—¿Quiere V. que le diga la verdad? Pues son algo flojas.

Sr. D. A. G.—Valladolid.—Se hará el suelto en el número próximo. *Varias lectoras*.—Muchas gracias, princesas, y ¡qué diantre! acazo complaceré á VV. aunque la modestia...

Matasiete.—Escribe V. mucho y sin poner gran cuidado.

Agripino.—No la había recibido. Venga la firma.

Legua.—Es mediana por la vulgaridad del final. Pero el papel es precioso.

Sr. D. M. M. B.—Madrid.—Leí la novela; me ha gustado mucho. Dentro de un par de meses se podrá publicar eso; antes no, porque están los huecos comprometidos.

Sr. D. F. C.—San Ildefonso.—Está bien hecha; pero ¡hombres! se van á enfadar los interesados, y como casi son de casa...

Sr. D. F. Zea.—¿Que le conteste? Bueno, pues no diga V. bobadas.

Tipando.—No señor; sobran artículos.

Sr. D. A. L. M.—Madrid.—No, no tienen defectos notables; pero tanto la anterior como ésta, son de índole distinta de la del periódico.

El carabao.—Está bien versificada; pero sólo tiene gracia el final, y para llegar á él se ha diluido mucho el asunto.

Salón.—¡Nada, ni un solo vocablo con gracia, ni con justicia... Voy sospechando que al diablo le queda poca malicia.

Sr. D. C. B.—Aranjuez.—Detestables, pero muy detestables.

Sr. D. R. B. T.—Córdoba.—Son sucios ambos á dos. Y en el primero hay una asonancia que parte el tímpano.

Sr. D. N. V. de V.—Gastado el asunto y descuidada la forma.

Poque.—Si tiene usted condiciones... ¡para destripar terrones!

Sr. D. M. L.—Toro.—¿Florecitas y pájaros? ¡Qué preciosidad... para principios de siglo!

Sr. D. T. R.—Jaén.—Diga V. á risa y broma que son consonantes... ¡y puede que le saquen á V. los ojos!



Ay, hijal ¡qué dichos estos!

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.
En provincias no se admiten por menos de seis meses.
Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN Peninsular, 4, primer izquierda

Teléfono núm. 620

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPañA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS
28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
en la Exposición Universal de París de 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARÍS
Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8.
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un álbum elegante que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Quando se concluya el álbum, se venderá á los precios siguientes:

Sin encuadernar.....	20 pesetas
Encuadernado en tela.....	25
Cartullinas sueltas (cada una)....	0.50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos, de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A librereros y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100, es decir, que les costará de la cartulina 25 céntimos.